

LA PRESA DE SHARPE

BERNARD CORNWELL

LA PRESA DE SHARPE

Richard Sharpe y la expedición a Copenhague, 1807

Traducción de Tomás Fernández Aúz



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Sharpe's Prey*

Diseño de la sobrecubierta: Calderón Estudio

Primera edición: septiembre de 2021

© Bernard Cornwell, 2001
© de la traducción: Tomás Fernández Auz, 2021
© de los mapas: Ken Lewis
© de la presente edición: Edhasa, 2021
Diputación, 262, 2.º 1.ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

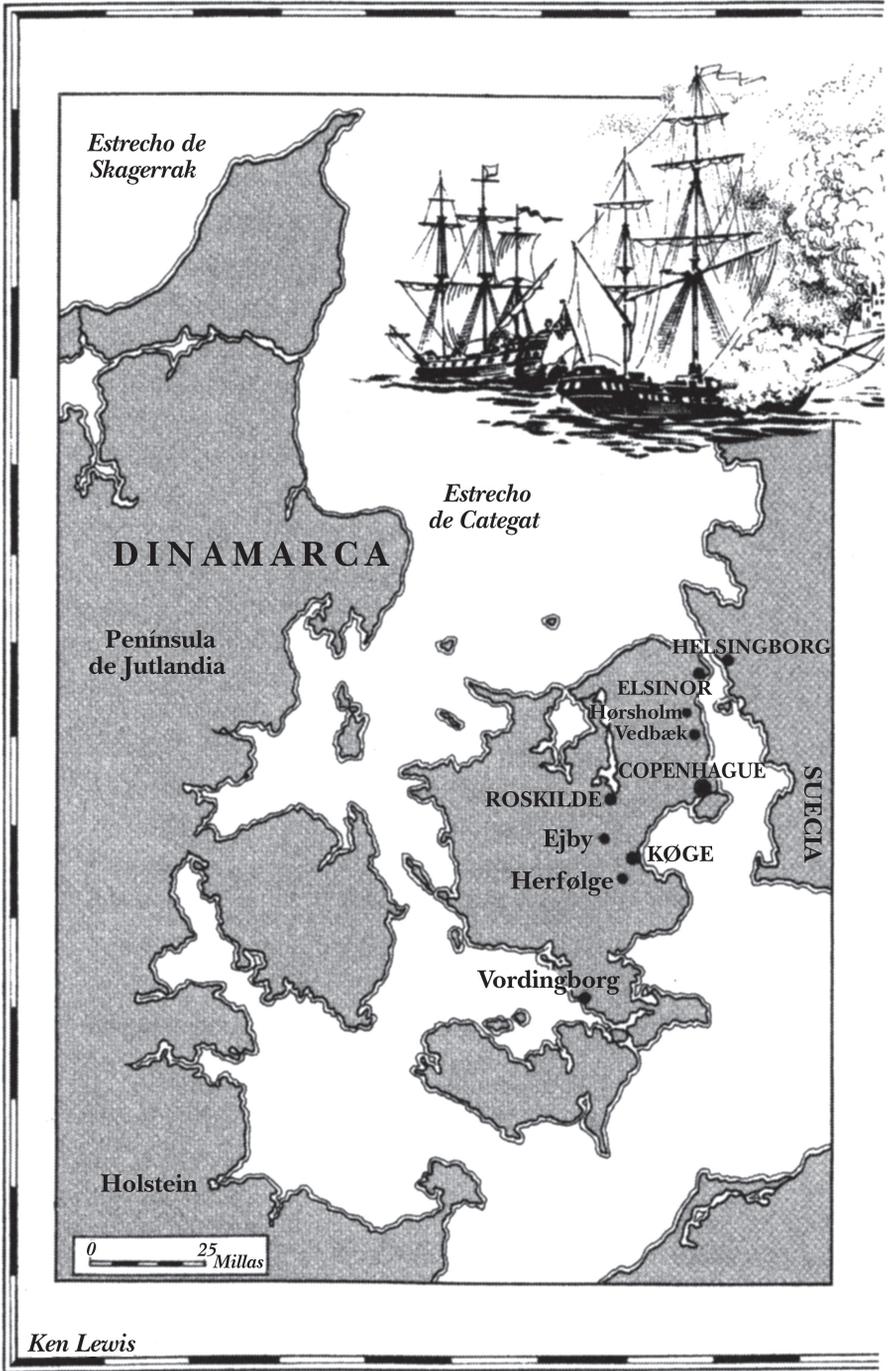
ISBN: 978-84-350-6371-5

Impreso en Barcelona por: Black Print CPI

Depósito legal: B. 13179-2021

Impreso en España

La presa de Sharpe *es para*
Jarl, Gerda, Bo y Christine.



Copenhague 1807



MAR
BÁLTICO



P
O
N

M

L

K

H

I

G

F

E

D

C

B
A

Bajios
de arena

CANAL

Bajios
de arena

CIUDADELA

Batería
de Sixto*

NYBODER

PALACIO DE
AMALIENBORG

PLAZA
DE
ULFEDT

Antepuerto

ISLA DE
AMAGER

0 millas 1

-  Bombardas inglesas
-  Baterías de la artillería británica

CAPÍTULO I

El capitán Henry Willsen, de la Media Compañía de Esbirros de Su Majestad británica, más formalmente conocido como el 50.º regimiento del Kent Occidental, bloqueó *in extremis* el sable de su oponente. Había armado atropelladamente el gesto. Al haber quedado muy baja, la mano izquierda había hecho que la hoja de su chafarote se elevara y adquiriera esa posición a la que los maestros de esgrima dan el nombre de *quarte base*, lo que explica que los espectadores avezados se percataran perfectamente de que la parada había sido bastante pobre. Un murmullo de asombro inquietó el aire, porque Willsen era bueno con la espada. Muy bueno. Había estado atacando, pero ahora se veía a las claras que no había acertado a prever con suficiente rapidez la contra de su espigado adversario y que no tenía más remedio que batirse desorganizadamente en retirada. El duelista de mayor estatura arreció en sus embestidas, barrió la cuarta baja y comenzó a batir el hierro de tal forma que Willsen se vio obligado a retroceder con tanta prisa que sus zapatillas rascaron el entarimado con un estridente chirrido entrecortado, pese a estar embadurnado a conciencia con jaboncillo de sastre. El propio grito del calzado sobre la madera deslizante era una confesión de pánico. El acero de los contendientes volvió a chocar con fuerza, el hombre alto dio un brusco paso adelan-

te, haciendo relumbrar la hoja, que chillaba al extremo del brazo distendido al máximo, mientras Willsen, aparentemente desesperado, respondía a duras penas a aquel fraseo de armas, hasta que, de repente, con tan veloz aceleración que los asistentes apenas pudieron seguir el raudo arco del estoque, se hizo a un lado y dirigió el filo a la mejilla del competidor. Parecía una respuesta floja, ya que había sido más un golpe de muñeca que un alcance a fondo, pero la fuerza y la sorpresa del tajo habían sido tales que el grandullón perdió el equilibrio. Se tambaleó, con la mano izquierda desmayada, y Willsen aprovechó la ocasión para tocarle el pecho suavemente con la punta del acero hasta hacerlo rodar por tierra.

–¡Basta! –aulló el capitán de armas.

–¡Por los clavos de Cristo! –exclamó el caído antes de lanzar un golpe con la parte plana de la cuchilla a los tobillos de Willsen en un acceso de rabia. El triunfador frenó sin dificultad la finta ofensiva y se limitó a abandonar la sala.

–¡He dicho que ya está bien! –bramó de nuevo el aristócrata.

–¿Cómo demonios ha hecho eso, Willsen? –escupió lord Marsden mientras extraía la cabeza del casco de cuero acolchado de careta metálica que le había resguardado el rostro—. ¡Iba usted de culo y le tenía acorralado...!

Willsen, que había planeado toda la comedia tras realizar aquella *quarte basse* deliberadamente lacia, respondió con una muda inclinación y añadió con sorna:

–¿Será tal vez que sólo me ha asistido la fortuna, señor mío...?

–Ahórrese la condescendencia, caballere –soltó desentempladamente lord Marsden mientras se incorporaba—. ¿Dónde ha estado el fallo?

–Se ha zafado muy lentamente de la sexta,* señor.

–¡Vaya que sí...! –gruñó lord Marsden. Pese a ser un hombre orgulloso de su habilidad, tanto con el florete como con el sable, era muy consciente de que Willsen le había superado fácilmente al fingir el alocado gimoteo de quien retrocede. Su señoría miró con mala cara al rival, pero al darse cuenta de que se estaba mostrando grosero se rehízo, encajó el arma en hueco del sobaco y tendió la mano al ganador–. Es usted rápido, Willsen, jodidamente rápido...

El puñado de personas que asistían al choque aplaudieron aquella muestra de deportividad, haciendo resonar la atmósfera del Salón de Armas de Horace Jackson, un recinto sito en la londinense calle Jermyn al que acostumbraban a acudir los hombres pudientes para instruirse en las artes del pugilismo, la esgrima y el tiro con pistola. Se trataba de un vestíbulo de techos altos con espeteras para espadas y sables por todo mobiliario y una fragante mezcla de tabaco y linimento flotando en el ambiente. La decoración se limitaba a unos cuantos carteles con la imagen de distintos mastines, caballos de carreras y boxeadores profesionales. Las únicas mujeres de la sala eran las encargadas de servir bebidas y refrigerios a los parroquianos, o las que trabajaban en los cuartitos de la entreplanta asomada al vasto gimnasio, célebres por sus lechos blandos y sus elevados precios.

Willsen se quitó el protector y se pasó la mano por la larga cabellera rubia. Hizo una reverencia al vencido y llevó las dos armas a los colgadores alineados en uno de los

* Una de las cuatro posiciones de supinación que puede adoptar la mano del tirador de esgrima. (*N. del T.*)

costados del salón, donde le aguardaba un capitán alto, esbelto y extraordinariamente atractivo enfundado en la roja casaca de bocamangas azules del Primer Regimiento de Guardias de Infantería. Al ver que el espadachín se le aproximaba, el uniformado, al que Willsen desconocía, arrojó lejos de sí un cigarro puro a medio fumar.

—Le ha hecho picar el anzuelo —dijo con una amplia sonrisa el militar.

Al escuchar la impertinencia del extraño, Willsen frunció el ceño, pero se contuvo y consiguió responder con cierta cortesía. A fin de cuentas, Willsen no era más que un empleado del Salón de Jackson, y el oficial de la Guardia debía de ser un hombre de peso, a juzgar por el elegante corte de su costosa guerrera y el tipo de pez gordo, además, al que suele corroer la impaciencia de medirse al famoso Henry Willsen.

—¿Engañado, dice? —preguntó el interpelado—. ¿Y cómo?

—La cuarta baja —contestó el infante— la ha hecho mal aposta, ¿o me equivoco?

Willsen quedó impresionado al constatar la agudeza del individuo, pero se cuidó muy mucho de dejarlo traslucir.

—Ha podido ser simple cosa de suerte, ¿no le parece? —sugirió repitiendo su anterior argumento.

Trataba de mostrar una mínima modestia, ya que llevaba fama de ser el mejor espadachín de la Media Compañía de Esbirros de Su Majestad, incluso el más hábil del ejército y hasta campeón tal vez del país entero. Sin embargo, él se empeñaba en restar importancia a su destreza, tal y como hacía, por otra parte, cuando le atribuían el mérito de ser el mejor tirador de pistola del condado

de Kent, afirmación que recibía siempre encogiéndose de hombros. Como gustaba de reiterar él mismo, un soldado ha de dominar las armas, pues son su herramienta de trabajo, y por ello mismo practicaba sin cesar, rogando al cielo que llegara el día en que su pericia se revelara útil y le permitiera servir debidamente a su patria. Entretanto, se ganaba a pulso la paga de capitán, que, no obstante, al no dar de sí lo suficiente para procurar manutención a su esposa e hijo y costear su propio sustento en la cantina de oficiales, le obligaba a enseñar esgrima y tiro en el mencionado Salón de Armas de Horace Jackson. Este último –un viejo púgil con la cara destrozada– quería que Willsen abandonara la tropa y pasara a engrosar a tiempo completo la nómina del local (aunque con muy poco éxito, puesto que a su pupilo le gustaba la vida cuartelera). Mientras permaneciera en filas tendría un puesto en la sociedad británica. Puede que no fuese en un escalón muy alto, pero sí honroso.

–La suerte no existe –replicó el guardia, aunque en esta ocasión optó por expresarse en danés–; no en el combate, al menos.

Willsen ya se iba, pero el cambio de idioma le hizo dar media vuelta y observar con más atención la dorada melena del capitán de la Guardia. En su primer vistazo, teñido de rutinaria indiferencia, le había parecido uno de esos jovencitos mimados por la vida, pero ahora, fijándose mejor, comprendió que su colega debía de sobrepasar ligeramente la treintena y que cultivaba adrede esa actitud descarada y temeraria del hombre consciente de su bizarría. Hete aquí un individuo capaz de sentirse a sus anchas en un palacio o en una riña a puñetazos. Desde luego tenía una planta formidable; la de alguien particularmente im-

portante para Willsen, dicho sea de paso, razón por la que éste le dedicó ahora un discreto y cortés saludo.

–Usted debe de ser, señor –comenzó a decir respetuosamente–, el honorable comandante John Lavisser, ¿no es cierto?

–Capitán Lavisser –abrevió el aludido, que no deseaba alardear de su segundo título de mando. Los miembros de la Guardia de Infantería asignan un doble rango a sus jefes: el inferior indica las responsabilidades que les incumben en el regimiento, y el superior marca la convicción de que todo oficial de ese cuerpo es un ser de altos vuelos, sobre todo en comparación con un pobre esgrimista de los Cincuenta Esbirros de Su Majestad–. Soy el capitán Lavisser –recalcó el distinguido estratega–, pero, por favor, llámeme simplemente John. –De su boca seguían saliendo palabras danesas.

–Según lo previsto no debíamos vernos hasta el sábado, ¿me equivoco? –inquirió Willsen mientras se quitaba las chinelas de esgrima y se embutía las mosqueteras.

–Vamos a ser compañeros de armas durante una temporada –sostuvo Lavisser haciendo caso omiso de la hostilidad de su interlocutor–, así que me parece que será mejor que nos llevemos bien. Además, ¿no le han despertado curiosidad las órdenes que nos han dado?

–Las que yo tengo se limitan a escoltarle hasta Copenhague y en traerle de vuelta sano y salvo –repuso Willsen fríamente al tiempo que se colocaba el sobretodo encarnado. La lana del capote aparecía descolorida, y el negro de los puños y el cuello estaba igualmente deslucido. El duelista se ciñó la espada, que apenas le había costado siete guineas, incómodamente consciente del valioso acero que colgaba del tahalí de Lavisser. Hacía ya mucho

tiempo que había aprendido a doblegar el borbotón de envidia que afloraba en su ánimo ante las injustas desigualdades de la vida, pese a que no lograra sustraerse por entero a su influjo. Sabía muy bien que su capitania del Medio Centón de Esbirros de la Corona le reportaba mil quinientas libras anuales, y que eso era exactamente lo que costaba adquirir el simple grado de teniente de la Guardia de Infantería. Pero qué se le iba a hacer... Sus padres –una explosiva mezcla de inglesa y danés– le habían enseñado a creer en Dios, a cumplir con su deber y a aceptar los designios del destino, y hete aquí que a éste le entraba de pronto la ventolera de comisionarle para acompañar a un hombre que no sólo estaba llamado a administrar un condado, sino que era miembro de la Guardia y hacía las veces de edecán, para más inri, del príncipe Federico, duque de York, segundo hijo de Jorge III y comandante en jefe del ejército británico.

–Pero ¿no ignorará la razón que nos lleva a Copenhague? –quiso saber Lavisser.

–Estoy seguro de que se me informará a su debido tiempo –respondió el interrogado sin abandonar su rígida gesticulación.

Una sonrisa transformó el taciturno semblante de Lavisser, haciéndole adquirir una suerte de embrujo resplandeciente.

–El momento propicio del que habla es éste, Willsen –declaró el aristócrata–. Vamos, permítame al menos invitarle a cenar para que pueda revelarle los misterios de nuestra encomienda.

La verdad es que el capitán Willsen estaba muy intrigado. Llevaba doce años al servicio del ejército de Inglaterra y jamás había oído restallar la pólvora en una refriega

militar. Siempre había anhelado distinguirse, y ahora, del modo más inopinado, el sólo hecho de que se necesitara a un oficial de escolta para conducir hasta la capital danesa a un auxiliar del duque de York le ofrecía la ocasión de hacerlo. Eso era todo cuanto sabía, aunque su jefe directo ya le había dado a entender que su destreza con las armas ligeras podía constituir una inmensa ventaja. En un primer instante, Willsen se había visto atravesado por una punzada de inquietud, ya que temía verse envuelto en un combate contra los paisanos de su padre, pero, como le habían dado garantías de que en Copenhague el peligro vendría de los franceses, no de los daneses, esa seguridad le había permitido aceptar la responsabilidad que se le echaba sobre los hombros (y contribuido igualmente a excitar su curiosidad). Ahora Lavisser se prestaba a explicárselo todo, y Willsen, perfectamente consciente de haber racañado en la cortesía, asintió con la cabeza.

—Desde luego —consintió—. Será un placer compartir mesa y mantel con su señoría.

—Me llamo John —insistió Lavisser mientras precedía a Willsen por el tramo de escaleras que daba a la calle. El espadachín tenía la leve impresión de que les estaría aguardando un carruaje, pero resultó que su cicerone había venido a pie, pese a la fría llovizna que difuminaba el ambiente—. Parece mentira que estemos en julio —gruñó el guardia.

—La cosecha se echará a perder —observó Willsen.

—Pienso que lo mejor será tomar un bocado en Almack's* —propuso Lavisser—. Y después podríamos echar una partidita de cartas, ¿no le parece?

* Un selecto club mixto con varios locales en el Londres de los siglos XIX y XX. (N. del T.)

–Yo no juego nunca –zanjó Willsen. Y, aunque hubiera tenido esa costumbre, estaba claro que no podría permitirse el lujo de cubrir las elevadísimas apuestas que menudeaban en Almack’s.

–Sabia decisión –sentenció su compañero. Ambos habían vuelto a hablar en inglés–. Por otra parte, creo que le agradecerá cambiar impresiones con Hanssen antes de la cena.

–¿Hanssen?

–Es el primer secretario de la embajada danesa –precisó Lavisser, mientras examinaba minuciosamente a su interlocutor–. Quiero tener la completa seguridad de que nuestras actividades no van a causar ningún perjuicio a Dinamarca. Hanssen es un hombre íntegro y sus posiciones siempre me han parecido muy sensatas.

Willsen compartía el deseo de no irritar a los daneses, de modo que tendía a ver con buenos ojos la idea de pulsar la opinión de un alto funcionario de la legación, pero su innata tendencia a la cautela afloró al primer plano.

–¿Acaso nos disponemos a revelar nuestros objetivos al gobierno danés?

–Por supuesto que no; como es obvio, nuestro deber es justamente el contrario. –Lavisser interrumpió el paso y lanzó sobre Willsen los deslumbrantes destellos de su expresión más risueña–. Sir David ya me había advertido de que la visita a Dinamarca podría despertar en usted algún escrúpulo de conciencia. No se equivoca, ¿verdad? Créame, querido Willsen, yo abrigo las mismas aprensiones. Los parientes de mi madre residen en ese país y no hay nada en este mundo (*nada*, entiéndame bien) que pudiera empujarme a ponerlos en peligro. –Tras una pausa, su voz siguió exhibiendo la misma firmeza, si acaso con un timbre de gravedad añadida–. Si no conseguimos estrechar

los lazos de amistad entre Dinamarca y Gran Bretaña, estimado Willsen, nuestro viaje será inútil; carecerá de todo sentido. Lo único que pretendo, en términos generales, es que Hanssen nos confirme que no hay motivos para la intranquilidad. Quiero conocer de primera mano cuál es la situación política que reina ahora mismo en Dinamarca. He de saber en qué se concretan las presiones que están ejerciendo los franceses, cuya actitud resulta realmente irritante. Para variar, me dirá usted... Y, por descontado, Hanssen querrá que se le informe de la finalidad de nuestra visita, pero sólo le diremos que vamos a visitar a la familia. ¿Qué podría resultar más inocente?

El espigado guardia de Su Majestad sonrió y reemprendió la marcha. Restablecida la confianza, Willsen cruzó la calle a corta distancia. El barrendero encargado de salir al paso de las inmundicias que pudieran interceptar la marcha de los viandantes, un enclenque muchachito que exhibía una llaga abierta en mitad de la frente, se apresuró a hacer desaparecer una boñiga de caballo con la que Lavisser había entrado en rumbo de colisión. Con un golpe de pulgar, el guardia de infantería lanzó displicentemente una pieza de seis peniques al chaval y guio a Willsen hasta un callejón.

–Espero que no juzgue ofensivo que cursemos visita a Hanssen por la entrada de servicio... –señaló Lavisser–. Con la agitación que perturba ahora mismo el Báltico, puede estar absolutamente seguro de que los puñeteros gabachos tienen vigilada la puerta principal.

–¿Los franceses? ¿En Londres?

–Cuentan con agentes en todas partes –ratificó el de la guerrera encarnada–, incluso aquí. Pero no creo que hayan pensado en esta calleja...

El pasaje era lóbrego y mugriento. En su extremo había una verja entreabierta que daba a un angosto patio gélido y entenebrecido, cuya triste negrura se veía aún más acentuada a causa de las densas nubes del cielo y de los claustrofóbicos muros del callizo. Montones de basura cubrían parcialmente los adoquines de la cerrada plazoleta, y un tipo alto y fornido, aparentemente atónito al ver que dos oficiales de uniforme escarlata invadían sus gusarapientos dominios, se afanaba en recogerla y cargarla en una carretilla. El hombre se hizo apresuradamente a un lado, se arrancó de un manotazo el sombrero andrajoso que le cubría y se atusó el flequillo para dejar paso a los dos oficiales ocupados en sortear cuidadosamente los cochambrosos escollos de la trasera.

–¿Se opondría usted a que buscáramos compañía femenina después del condumio? –se informó Lavisser.

–Soy un hombre casado, capitán –respondió severamente Willsen.

–Haga el favor de llamarme John, le digo.

El modesto militar se había sentido sumamente incómodo ante una invitación como aquélla, pues suponía una familiaridad que no tenían.

–No alargaré la noche más allá de la cena –precisó torpemente mientras esquivaba el carretón del pocero.

Una vez desenvainado el sable, no había prácticamente nadie en todo el ejército británico que pudiera rivalizar con Henry Willsen, y su pericia con el pistolete habría sido la envidia de cualquier duelista... Pero no pudo defenderse del ataque que se abatió sobre él tan pronto como hubo superado el volquete de las barreduras. El tipo alto pateó con formidable ímpetu las corvas de Willsen, y al caer éste al suelo, el asaltante le hundió entre las cos-

tillas el acero tieso de un puñal. El agresor clavó la hoja hasta la guarda y la mantuvo firmemente hincada, sosteniendo todo el peso de Willsen, que de pronto comenzó a boquear mientras con la mano derecha buscaba a tientas el pomo de su económica espada. Consiguió empuñarla, pero sin fuerzas, y en ese momento el capitán Lavisser, que se había girado al sentir la embestida del corpulento emboscado y se limitaba a sonreír, frustró sin dificultad el desesperado intento de Willsen.

–No creo que sea esto lo que ahora necesita, Harry –susurró.

–Usted... –Willsen intentó articular palabra, pero la sangre le anegaba ya los pulmones. Empezó a dar signos de asfixia y abrió desmesuradamente los ojos mientras sacudía frenéticamente la cabeza.

–Le ofrezco mis más sinceras disculpas, querido Willsen –se ensañó Lavisser–, pero me temo que su presencia en Copenhague resultaría espantosamente incómoda.

El oficial de la Guardia dio un brusco paso atrás cuando el forzado verdugo, que había estado sosteniendo en vilo a su víctima en la punta de la daga, extrajo de golpe la hoja. Willsen se desplomó, desmadejado, y el matarife, con un rápido brinco, se situó a su espalda y le cercenó de un limpio tajo la garganta. Tendido sobre el sucio pavimento, el desdichado esgrimista emitió un gorgoteo ininteligible, recorrido por violentas convulsiones.

–Buen trabajo –dijo con cálido acento Lavisser.

–Pan comido –masculló el gorila. Se puso en pie y se limpió el cuchillo en el tabardo churretoso. El individuo era un auténtico coloso, con una caja torácica de gigante, y sus nudillos cubiertos de cicatrices delataban una larga experiencia de lucha a puño descubierto. La viruela le ha-

bía cubierto el rostro de cráteres, y se veía claramente que le habían partido y recolocado de mala manera la nariz al menos en una ocasión. Sus ojos eran duros como piedras. Todo en él proclamaba a los cuatro vientos que había salido del más repugnante arroyo que haya visto el mundo, hasta el punto de que bastaba ponerle la vista encima para felicitarse de la hilera de patíbulos que festoneaban los muros de la prisión de Newgate.

—Aún respira —escupió ceñudamente Lavisser al observar al agonizante.

—No por mucho tiempo —dijo el ogro, arreando una cox en el pecho de Willsen para subrayar la verdad de su vaticinio—. Ya no incordiará más, no señor...

—Eres un ejemplo para todos, Barker —le halagó Lavisser antes de aproximarse a Willsen, ya definitivamente inerte—. Un hombrecillo extremadamente gris —musitó—, probablemente luterano. ¿Qué tal si le quitas la calderilla y haces que parezca un robo?

A Barker le faltó tiempo para entregarse a la faena de rasgar los bolsillos.

—¿Crees que encontrarán a otro capullo que se anime a acompañarnos? —preguntó.

—Parecen empeñados en procurarme a toda costa una carabina —comentó frívolamente Lavisser—, pero ahora andan cortos de tiempo, así que dudo que logren dar con alguien. En cualquier caso, si lo consiguen, amigo Barker, tendrás que administrar al reemplazo la misma medicina que a éste... —Cualquiera habría dicho que a Lavisser le tenía fascinado el muerto, porque no le quitaba ojo—. Eres una gran ayuda para mí, Barker, y apuesto a que te va a encantar Dinamarca.

—¿En serio, señor?

—Es un pueblo sumamente confiado —señaló Lavisser, que seguía sin poder apartar la vista del cadáver—. Caeremos como lobos hambrientos sobre esos tiernos corderitos... —Por fin reunió fuerzas para sustraerse al sortilegio del fiambre, levantó lánguidamente la mano con lastimero ademán y rodeó el carrito. Salió del pasadizo imitando burlescamente los balidos de un borrego.

La lluvia caía ahora con más fuerza. Corrían los últimos días del mes de julio de 1807, pero parecía una fría jornada de marzo. La cosecha se malograría y Kent amanecería con una viuda más, pero al honorable John Lavisser todo eso le traía sin cuidado. Acudió a Almack's según lo previsto y perdió en el juego bastante más de mil guineas, pero aquella minucia carecía de importancia. Nada podría ya preocuparle. Repartió aquí y allá un manojo de pagarés sin fondos en los que prometía satisfacer sus deudas y se largó tan campante. Iba camino de la gloria.

* * *

Sentados codo con codo, los señores Brown y Belling, uno flaco y otro gordo, como Botellín y Botellón, contemplaban con solemne continente la elegante casaca verde del oficial del ejército que aguardaba respuesta al otro lado de la mesa. Ni míster Brown ni míster Belling juzgaban con benevolencia al individuo. Éste, al que no podía considerarse exactamente un cliente, era un hombre alto de cabello oscuro, rostro pétreo y mejilla rasgada. Lo que daba peor pálpito a los dos oficinistas era justamente el hecho de que aquella cicatriz no pareciera afeanar a un tipo desacostumbrado a los costurones. El señor Brown soltó un suspiro y volvió la cara para embarcarse con los chuzos que batían el Eastcheap de Londres.

–No habrá buen trigo este año, señor Belling –dijo pesaroso.

–Eso me temo, señor Brown.

–¡En pleno julio! –gimoteó Brown–. ¡Ni más ni menos que en julio...! ¡Cualquiera diría que estamos en marzo...!

–¡Una lumbre en verano! –protestó unánime el señor Belling–: ¡Inaudito!

La lumbre –un triste montón de ascuas– remoloneaba en un brasero ennegrecido sobre el que parecía querer tostarse un sable de caballería colgado de la pared. Junto al revestimiento de madera, el arma agotaba la decoración de la sala y apuntaba al carácter militar del establecimiento. El cometido de los señores Belling y Brown, de Cheapside, que trabajaban como apoderados del ejército, consistía en auditar las cuentas de los oficiales que operaban en el extranjero. También actuaban como intermediarios de todo el que quisiera comprar o vender un cargo, pero aquella tarde de julio, pasada por agua, no les estaba reportando ingreso alguno.

–¡Por desgracia...! –exclamó Brown, plantando sobre la mesa las manos extendidas de dedos muy blancos y regordetes en los que lucía una pulcra manicura para flexionarlos después, como si se dispusiera a tocar el clavécín–. ¡Por desgracia...! –repitió sin terminar de arrancar la frase y clavando la vista en el tipo de guerrera verde que echaba chispas por los ojos pese a permanecer frente a él en estático compás de espera.

–Por desgracia forma parte de la naturaleza de su nombramiento... –trató de explicar el señor Belling.

–En efecto –terció míster Brown–, tal es, por así decirlo, la naturaleza del gran puesto que se le concede... –y rubricó su intervención con una mueca afligida.

–¡Ya lo creo! ¡De lo mejorcito que hay...! –bramó con beligerante sorna el oficial.

–Sí, sí, desengáñese..., podría ser peor... –saltó animadamente el señor Brown–. ¿No opina usted lo mismo, señor Belling?

–Nada tiene que envidiar a otros destinos, desde luego –corroboró triunfal el aludido–. ¿Unos galones que le permitirán brillar en el campo de batalla, señor Sharpe...? Créame si le digo que es un raro privilegio. ¡Extremadamente raro!

–Una encomienda admirable –añadió Brown.

–¡Admirabilísima! –concedió vivamente Belling–. ¡Una designación para el combate! ¡Y propuesta a un hombre salido de la tropa! ¿Cómo decírselo...? –El chupatintas detuvo en seco el vuelo de la frase en un intento de ponderar bien la cosa–. ¡Sólo eso es ya una verdadera hazaña!

En efecto, pero no se trata de una hazaña que admita... –El señor Brown adoptó un tono sutil, abriendo y cerrando alternativamente las manos como las alas de una mariposa– que admita *canjes*.

–¡Exacto! –Los suaves modales de míster Belling traslucían el gran alivio que le producía la feliz circunstancia de que su colega hubiera clavado el término capaz de zanjar el asunto–: No admite canjes, señor Sharpe –aseveró concluyente.

Se fraguó un silencio de varios segundos. Las ascuas dejaron escapar un bufido, la lluvia tamborileó su llanto en la ventana del despacho, y afuera se oyó restallar el látigo de un carretero, sobreponiéndose al retumbar de los carromatos, al chirrido de los ejes de los coches de punto y al golpeteo de las ruedas sobre el empedrado de la calle.

–¿No es canjeable? ¿A qué se refiere? –preguntó el teniente Richard Sharpe.

–El nombramiento no puede trocarse por dinero –puntualizó el señor Belling–. Como no lo ha comprado, tampoco puede venderlo. Se lo han concedido. Hay vías para rechazar lo que el rey da, pero no para enajenarlo. Se interrumpió un instante y prosiguió–: Es una dignidad no canjeable.

–¡Me dijeron que podría venderlo! –rugió Sharpe.

–Se equivocaron –corrigió profesoralmente míster Brown.

–Le informaron mal –corroboró el señor Belling.

–Me temo que han cometido un grave error –resumió Brown.

–La normativa es clara –continuó Belling–. El oficial que adquiere de su bolsillo un nombramiento tiene entera libertad para transmitirlo a buen precio, pero el que lo recibe a modo de otorgamiento, no. Quisiera poder darle mejores noticias.

–¡A los dos nos gustaría! –recalcó Brown.

–Pero me aseguraron...

–Se ha llamado usted a engaño –disparó míster Belling, aunque de inmediato sintió deseos de no haberse expresado con tanta brusquedad, ya que el teniente Sharpe dio un respingo en el asiento como si estuviera a punto de abalanzarse sobre los dos empleados.

Sharpe se contuvo. Sus ojos rodaron del rechoncho míster Brown al escuálido señor Belling.

–¿Me están diciendo que no pueden hacer nada?

Belling clavó la vista en el techo, acastañado por las vaharadas de tabaco que tantas veces habían ascendido desde el escritorio, e imitó durante un breve instante las

expresiones de quien busca inspiración. Finalmente meneó taciturno la cabeza.

–Nosotros no podemos hacer nada –sentenció–, pero siempre puede elevar una súplica al gobierno de Su Majestad y solicitar una dispensa. Que yo sepa, nadie ha tomado nunca semejante iniciativa, pero tal vez... ¿Cree que en su caso se haría una excepción? –El tono no podía ser más dubitativo–. Quizás haya algún alto mando dispuesto a interceder en su favor...

Sharpe permaneció mudo. Tiempo atrás, en la India, había salvado la vida a sir Arthur Wellesley, pero resultaba muy poco probable que el general se aviniera ahora a echarle un cable. Todo cuanto quería el teniente era liquidar su nombramiento, coger las cuatrocientas cincuenta libras que podía sacarle y dejar el ejército. Y ahora le decían: «No hay venta para lo que no se compra», remedó mentalmente Sharpe. Pero los picapleitos no habían terminado.

–Las apelaciones de palacio van despacio –advirtió Brown–. De hecho, yo no me haría demasiadas ilusiones respecto al desenlace, señor Sharpe. Sería como pretender que la administración sentara un precedente, y a las burocracias, que son sumamente precavidas, no les gusta atarse las manos.

–Muy recelosas, ya lo creo –ponderó el eterno eco de Belling–, y así debe ser. Aunque, ¿quién sabe si en sus circunstancias...? –Sonrió, arqueó las cejas y se repantigó nuevamente en el sillón.

–¿En mis circunstancias? –trató de averiguar Sharpe, desconcertado.

–Yo no me dejaría llevar por el optimismo –reiteró m^{ister} Brown a modo de turbia aclaración.

–¿Me está diciendo que voy jodido? –preguntó con fría indignación Sharpe.

–Lo que intento explicarle, señor Sharpe, es que nosotros no podemos ayudarlo.

El orondo cagatintas discursó con sequedad un buen rato, ya que las palabras de Sharpe le habían ofendido.

–Una pena –remató.

El militar volvió a observar a la extraña pareja. «Cárgatelos a los dos», pensó. «Dos minutos de sangre y violencia y después les vacías los bolsillos. Los muy hijoputas deben de estar podridos de dinero. Y yo tengo tres chelines con tres peniques y medio en los míos. Eso es todo. Tres chelines con tres peniques y medio...».

Sin embargo, ni Botellín ni Botellón tenían la culpa de que él no pudiera vender el cargo. Era cosa del reglamento. De las normas. A los ricos se les da licencia para amasar fortunas, y a los pobres... ¡Bah, que se vayan al infierno!

Se incorporó, y el chasquido metálico de la vaina del sable contra la silla hizo que míster Brown se estremeciera. Sharpe se echó sobre los hombros el empapado capote gris, se encasquetó con fuerza el chacó que usaba para contener su rebelde cabellera y cogió el petate.

–Buenos días, caballeros –dijo cortésmente, y acto seguido desapareció por la puerta, dejando entrar una ráfaga de aire y lluvia atípicamente fríos para la época del año.

El señor Belling soltó un tremendo suspiro de alivio.

–Pero ¿quién es ese tipo, míster Brown?

–El teniente Sharpe, del 95.º de Fusileros, o eso ha dicho al presentarse –aseguró el señor Brown–. Y la verdad es que no tengo ningún motivo para dudar de su palabra, ¿o me equivoco?

–Pues no, no hay error. ¡Y se trata, además, señor Brown, del mismo oficial que vivía (o debería decir cohabitaba) con lady Grace Hale!

El señor Brown abrió unos ojos de lechuza.

–¡No puede ser...! ¡Yo creía que se había amancebado con un portaestandarte!

Míster Belling suspiró.

–En el cuerpo de Fusileros no hay abanderados, amigo Brown. Este individuo es un simple alférez... ¡Lo último de lo último!

El señor Brown observó la puerta con la mirada perdida.

–¡Qué cosas, Dios mío! ¡Qué cosas! –dijo quedamente. Desde luego, ya tenía algo que contarle a Amelia cuando regresara a casa... ¡Un escándalo en el ejército! En todo Londres se habían escuchado bisbiseos sobre los amoríos de lady Grace Hale, que había terminado yéndose a vivir con un quinto del montón pese a ser viuda de un hombre eminente. Cierto que, en realidad, el simple recluta había resultado ser un oficial, aunque no del escalafón propiamente digno de tal nombre. No se trataba de un hombre de bolsa nutrida, capaz de comprar su cargo, sino más bien un sargentucho ascendido por méritos de guerra, algo sumamente estimable en cierto modo, pero aun así... ¿Lady Grace Hale, hija del conde de Selby, enredada con un soldado raso? ¡Y no sólo había tenido la audacia de compartir con él techo y lecho, es que además se había atrevido a darle un hijo! O eso decían las malas lenguas... La familia Hale mantenía que el padre de la criatura había sido el finado, y señalaba que entre la muerte de lord William y el nacimiento del chiquillo no habían transcurrido más de los oportunos nueve meses, aunque muy pocos daban crédito a tales alegaciones–. Ya me había parecido a mí

que el nombre de ese sujeto me sonaba de algo... –declaró Brown.

–Cuando me enteré, se me hizo difícilísimo creer en esos amoríos... –admitió el señor Belling–. ¿Se imagina lo que debió de padecer la noble dama con un zafio como ése...? ¡Si no es más que un salvaje!

–¡Santo cielo! ¿Se ha fijado en la cicatriz del rostro...?

–Desde luego. ¿Y cuánto hace que no se afeita...? –se espantó Belling reprimiendo un escalofrío–. Temo que no vaya a durar demasiado en el ejército, míster Brown. Una carrera corta, ¿no le parece?

–Truncada, míster Belling.

–¡Y estará sin blanca, seguro!

–¡Sin duda! –proclamó Brown–. ¡Y él mismo tiene que andar acarreando de acá para allá el petate y el capote! ¡Los oficiales no van por ahí cargados como mozos de cuerda! ¡En toda mi vida había visto cosa semejante...! Yapestaba a ginebra...

–¿En serio?

–¡Y tanto! Un tufo insoportable... –salmodió Brown–. ¡Lo que hay que ver...! ¡Es que jamás había topado yo...! ¿Así que ése es el gañán de marras? ¿Pero en qué estaría pensando lady Grace? ¡Perdió la cabeza, sin duda...; no hay otra explicación! –Un sobresalto le detuvo en ridícula postura: alguien había abierto la puerta de golpe–. Señor Sharpe, ¿qué le trae de nuevo...? –acertó a decir con un hilo de voz mientras en su cabeza saltaba la alarma ante la posibilidad de que el espigado fusilero hubiera regresado dispuesto a cobrarse venganza por la inoperancia de su bufete–. ¿Ha olvidado algo tal vez...?

Sharpe meneó la cabeza.

–Hoy es viernes, ¿verdad? –preguntó.